

Las flores que prometen sostenibilidad

En las sabanas inundables de arenas blancas del departamento del Guaviare, a solo cinco kilómetros de Puerto Inírida, crece una flor eterna. Una flor endémica de ese lugar y única en el mundo: la Flor de Inírida.

Esas sabanas albergan un ecosistema sin par que se ha conformado a través de los siglos a los pies de los ya famosos tepuyes, las inmensas moles de piedra que durante miles y miles de años han enfrentado el viento, las tormentas y la lluvia que los lava y genera esas arenas blancas en donde crece la Flor de Inírida.

Es un ecosistema muy frágil y no tiene mucho suelo. Pero es muy húmedo, por lo que las plantas para adaptarse desarrollan raíces aéreas con las cuales tomar el alimento y guardar agua para la época de verano.

Ahí, en un punto donde terminan las sabanas y comienza la selva, la Asociación para el Desarrollo Integral Humano y Sostenible, Akayú, tiene un predio de siete hectáreas donde ha comenzado a cultivar de manera sostenible la Flor de Inírida.

Akayú nació hace ya 17 años con la idea de conservar verde y natural el departamento, evitar que entre el desarrollo que arrasa y acaba con todo para buscar uno armónico y sostenible. Son dos mujeres y tres hombres: un biólogo, una estudiante de derecho, un estudiante de ciencias políticas, una filósofa y un líder indígena.

Martha Toledo, la filósofa y líder del grupo recuerda que "...hace 20, 25 años, cuando venía de visita a la región, estas sabanas eran todas rojas y la gente arrancaba la flor para venderla a precio de nada. Por esa razón la acabaron. Entonces pensando precisamente en esta región, en trabajar con algo de aquí, que no haya que traer nada para que se produzca y que se pueda hacer un proyecto importante, empezamos a pensar en la Flor de Inírida y así empezamos a cultivarla".

Cuenta Martha que ha sido un proceso largo ese de estudiarla, conocerla, aprender a cultivarla y manejarla. Por eso no solo se interesaron en sacar adelante su cultivo sino en desarrollar un proceso de sensibilización y educación que permita un mayor conocimiento de ese símbolo de la región y un mejor aprovechamiento del mismo. Con esos dos propósitos se presentaron a la convocatoria de A Ciencia Cierta ECO en 2018.

Propusieron la construcción de una maloka en la cual hacer investigación, educación a los estudiantes de la zona, divulgación y sensibilización para la población y los turistas y fortalecimiento del conocimiento y comprensión del ecosistema. También propusieron el fortalecimiento de su proceso productivo y del manejo de la poscosecha y la transferencia de conocimiento sobre su propagación entre las poblaciones aledañas, especialmente en los resguardos indígenas, que cuentan con las tierras hábiles para su cultivo. Resultaron escogidos.

El avance de la maloka no ha sido fácil. Diseñaron el edificio y demarcaron el lugar donde lo construirían, pero cuando llegó el dinero para comprar y transportar los materiales hasta el sitio comenzaba el invierno, tiempo en el cual no se puede transportar nada por los caminos enfangados ni se puede construir. Después de ese invierno, ya entrado el 2020, llegó la pandemia y todo se cerró. Para cuando se volvieron a abrir los resguardos, volvió el invierno y como anota Martha "andar por sabanas con una volqueta llena de madera es perfectamente imposible, eso no se puede". Pero finalmente se logró el transporte de los materiales y comenzó a avanzar la construcción de ese centro de encuentro y conocimiento, que a mediados de 2021 estará listo para recibir a las comunidades de la zona y los turistas.

Será el lugar para el conocimiento de ese ecosistema de sabanas inundables de arenas blancas "para que la gente lo aprecie y así mismo lo pueda respetar, lo pueda comprender —afirma Martha—. Este ecosistema ha sido muy poco estudiado y la maloka es un inicio para entenderlo y preservarlo".

En los otros objetivos han avanzado con paso firme. Han recibido visitas de varios colegios de la zona, interesados en conocer el proceso, y han replicado la experiencia con comunidades de los resguardos vecinos, con la idea de que puedan entrar en la dinámica de la comercialización, ya que además ellos disponen de flor natural.

Se hizo un trabajo de socialización, de aprendizaje, para plantearles cómo es todo el proceso de comercialización, de manera que decidieran sí querían o no sumarse a este esfuerzo. "Fue un proceso muy largo en dos comunidades. Con una de ellas nos ha ido muy bien, estamos a la espera de su decisión, pero con la otra comunidad sí ha sido un poco más difícil, porque hay que entender que es un resguardo muy apartado, para ir hay que caminar muchísimo, son dos o tres días de camino", comenta Martha.

También comenzaron a investigar sobre formas de intervenir la flor para mejorar su presentación, porque la flor es perpetua pero con el tiempo pierde su color, por

lo que están experimentando con diferentes elementos, naturales y químicos, para ver cómo lograr un color intenso y permanente.

Gracias a los recursos del proyecto también adecuaron un espacio para el proceso de poscosecha, con la vista puesta en la exportación de la flor. Aunque la pandemia implicó un frenazo importante ya están volviendo al ritmo que les permite distribuir unas 2000 flores a la semana en Colombia, con ayuda de una comercializadora en Bogotá. Pero la idea es que con la incorporación de por lo menos uno de los resguardos puedan producir al menos 500.000 flores al año para llevar a todo el mundo.

Por lo pronto, A Ciencia Cierta les ha aportado la posibilidad de acercarse a las comunidades indígenas y trabajar con ellas en un proceso largo y serio que les permita convertirlas en socios para impulsar un negocio rentable y sostenible que los beneficie a todos.